“Bajo las condiciones de la tiranía, es más fácil actuar que pensar” Hannah Arendt.

La banalidad del mal

Hace pocos días escuchaba una conversación en un lugar público en la que dos señoras mayores denostaban la conducta de una joven madre, no escatimaban duros juicios y la sentencia para el proceder de la joven fue lapidaria: era la maldad personificada, no había nada bueno en ella. Me dejaron pensando en la facilidad que tenemos los seres humanos para tener un pensamiento dicotómico, en el que todo son extremos, ¿será por qué así nos lo enseñaron? En esta forma de construir nuestro mundo existe el cielo y el infierno, el blanco y el negro, los buenos y los malos. Obviamente siempre somos condescendientes con nuestro proceder y nos ubicamos en el bando de los buenos, no medimos con la misma vara a nuestro congéneres y livianamente los juzgamos con facilidad, enfatizando en todas las características que consideramos negativas. Me pregunto: ¿Existen los netamente buenos? Y por consiguiente ¿los totalmente malos?

Esto me hizo recordar una obra de una genial autora, alemana de origen judío, Hannah Arendt (1906-1975), que escribió “Eichmann en Jerusalén, un estudio sobre la banalidad del mal” (1961). Para comprender su obra es necesario remontarse a algunos datos de su vida, Hannah es filósofa, con maestros como Heidegger y Husserl, durante el ascenso del nazismo adoptó una postura de rechazo y fue perseguida, por lo que huye de Alemania hacia Estados Unidos, allí se desempeña como maestra y periodista, en una de las oportunidades en que estaba trabajando para “The New Yorker” se entera que Eichmann (encargado de la logística del exterminio judío) fue

apresado en Argentina y será juzgado por sus horrendos actos. Solicita al diario que la envíen como corresponsal para cubrir la noticia, su deseo era sobretodo ver al monstruo que había causado tantas muertes, pensaba encontrarse con un ser diabólico. Su sorpresa es manifiesta cuando ve a Eichmann como un hombre "común", que en sus declaraciones no manifiesta arrepentimiento, incluso sostiene que no es culpable, dado que él sólo cumplía órdenes, manifiesta su orgullo por haber cumplido con eficiencia el "trabajo" encargado, sentiría arrepentimiento si hubiera sido ocioso o displicente en su tarea. Fueron numerosos los psicólogos que diagnosticaron que Eichmann no tenía ningún trastorno psicológico, incluso era una persona correcta, afectuosa y amable. Entonces ¿un ser monstruoso, que había cometido tamañas atrocidades podía ser una persona común, como cualquiera de nosotros?

Esta obra genera un gran revuelo al ser difundida, recibe múltiples críticas, y motiva a Stanley Milgram, piscólogo de la Universidad de Yale, quien decide realizar un experimento en el campo de la psicología social. El experimento Milgram tiene por objetivo comprobar si personas comunes podrían llegar a infringir dolor a otros, por el simple hecho de obedecer órdenes de una autoridad. ¿Podrían seres humanos (maestros, comerciantes, estudiantes) comunes llegar a convertirse en torturadores? ¿Los "buenos" podrían llegar a ser "malos"? ¿La fuerza de la autoridad es superior a la convicción de que no debemos lastimar a otros? Estas eran algunas de las preguntas que se deseaban responder con este experimento.
Se convocó a ciudadanos comunes, como cualquiera de nosotros, de entre 20 y 50 años y de todos los sectores sociales, se les dijo que iban a participar de un experimento social referido a un estudio sobre la memoria y el aprendizaje, por su participación se les pagaba el equivalente a 28 dólares actuales. El experimento necesitaba de tres participantes por vez, a uno se le destinaba el papel de "profesor" (era el ciudadano voluntario), otro era el científico (un investigador de la universidad), y otro hacía el papel de alumno (un actor cómplice

del experimentador que se hacía pasar por ciudadano voluntario). El científico le explica, al que hace el papel de profesor, que le realizará preguntas con opciones al alumno (atado a una silla detrás de un biombo donde el ciudadano no lo ve) y que si llegara a responder mal deberá apretar un botón que aplica una descarga eléctrica al alumno (un actor cómplice). El actor comienza a responder mal y empiezan las descargas, que se van incrementando, se inician con 15 voltios, pasando por 30 escalas hasta llegar a los 450 voltios. El alumno, en realidad cómplice del experimento, simula recibir las descargas y finge dolor con sus gritos, que son escuchados cada vez más fuertes por el ciudadano participante, hasta simular los estertores previos al coma. Algunos comienzan a querer abandonar el experimento pero el científico los convence de que hay que finalizar la actividad, con frases como:

“-Continúe, por favor,

-El experimento requiere que usted continúe.

-Es absolutamente esencial que usted continúe.

-Usted no tiene opción alguna. *Debe* continuar.”

Si después de esta última frase el ciudadano que oficiaba como “profesor” se negaba a continuar se pararía el experimento. Si no, se continuaba hasta llegar a los 450 voltios.

Antes de que se realizara el experimento los investigadores estimaban que al llegar a los 130 voltios el 100% de los ciudadanos voluntarios que se desempeñaban como profesores, se negarían a seguir aplicando descargas, y abandonarían el experimento. Todos los científicos creían que solamente algunos sádicos llegarían hasta aplicar los 450 voltios. La sorpresa fue comprobar que estos simples ciudadanos, maestros, estudiantes, comerciantes, etc. llegaron en un 65% a aplicar la descarga máxima, los 450 voltios que generaban la muerte, con todo el preámbulo de gritos y súplicas desesperadas pidiendo que se detuvieran. Ningún participante se negó firmemente a aplicar más descargas antes de los 300 voltios.

Milgram resumiría el experimento en su artículo "Los peligros de la obediencia" en 1974 escribiendo:

“Los aspectos legales y filosóficos de la obediencia son de enorme importancia, pero dicen muy poco sobre cómo la mayoría de la gente se comporta en situaciones concretas. Monté un simple experimento en la Universidad de Yale para probar cuánto dolor infligiría un ciudadano corriente a otra persona simplemente porque se lo pedían para un experimento científico. La férrea autoridad se impuso a los fuertes imperativos morales de los sujetos (participantes) de lastimar a otros y, con los gritos de las víctimas sonando en los oídos de los sujetos (participantes), la autoridad subyugaba con mayor frecuencia. La extrema buena voluntad de los adultos de aceptar casi cualquier requerimiento ordenado por la autoridad constituye el principal descubrimiento del estudio.”

Stanley Milgram. *The Perils of Obedience* (*Los peligros de la obediencia*. 1974)

Esto nos deja pensando, ¿hasta dónde podemos llegar? Si las buenas señoras que comenté al inicio del artículo hubieran participado del experimento, ¿habrían sido las únicas que se negarían o hubieran actuado como lo hicieron todos? Creo que habrían llegado hasta aplicar los 450 voltios, pero el quid de la cuestión aquí es pensar como no ser tan inhumanos. ¿Cómo hacer para priorizar nuestra conciencia por encima de cualquier otra consideración?

Vivimos en un mundo en que la “autoridad” es endiosada, en el que cada día nos acostumbran a obedecer, mostrándonos lo que debemos consumir, sentir y pensar. Esa supuesta “autoridad” es difundida por los medios de comunicación, ellos nos “enseñan” cuál es la comida que debemos ingerir (la que venden los poderosos), como debemos comportarnos (comprando) para ser aceptados socialmente, como debemos lucir para ser bellos (eternamente jóvenes y sexys), como debemos relacionarnos (centrando nuestro interés en el goce físico) y así van determinando nuestras vidas construyendo un mundo en el

que no cuestionamos nada. La televisión es el medio perfecto para construir seres pasivos, que no piensan, que ya tienen todo digerido, que sólo consumen lo que se les ofrece. Creemos que lo que nos muestran es la realidad, en verdad los mensajes que nos llegan son digitados por grupos de poder que manejan el mundo según sus intereses, poco les importa la conciencia global o los intereses de la humanidad. Creo que la salida está en incentivar la capacidad de reflexión crítica, cuestionando este modelo que nos quieren imponer, enseñando a nuestros niños y jóvenes a preguntarse, a no aceptar el mundo tal cual se les presenta, porque el camino de la pasividad y de la obediencia absoluta ha llevado a las mayores catástrofes a nuestra humanidad.